



**THE BONOBO AND THE ATHEIST:  
In search of humanism among the primates**

*Autor: Frans de Waal*

*Año de publicación: 2013*

*Editorial: W. W. Norton & Company*

*Idioma: inglés*

Por: Andrés Gallardo

Recientemente hemos visto un incremento en el número de publicaciones de las áreas de las ciencias naturales y médicas que se dedican a investigar más profundamente el fenómeno moral. Como sabemos, la moralidad es un campo de estudio que, tradicionalmente, estuvo reservado a la filosofía: la preocupación sistemática por comprender la moralidad humana puede remontarse, en Occidente, a las inquietudes y preocupaciones éticas de los *sofistas* (alrededor del siglo V AEC), inicialmente generadas por la disparidad de prácticas y valores morales en las culturas humanas. Incluso hoy en día sigue teniendo valor la afirmación, en su dimensión moral, de que “*el ser humano es la medida de todas las cosas*”, defendida por Protágoras de Abdera.

Sin embargo, desde hace un tiempo para atrás, el interés de las ciencias naturales por este tipo de problemáticas ha cobrado alguna relevancia, sobre todo en el marco de las discusiones filosóficas de antigua tradición. Esta discusión ocupa un mayor espacio en las publicaciones científicas a partir del surgimiento y posterior consolidación de la teoría de la evolución de *Charles Darwin*, publicada originalmente en el año 1859. Es a partir de este marco explicativo del origen de los animales y, entre ellos, el ser humano que un grupo de científicos (entre los cuales estaba incluido el mismo Darwin), comenzaron a preguntarse por la *razones evolutivas* del surgimiento de la empatía y la cooperación entre animales, así como por el surgimiento de la

moralidad. En esta dirección son obras obligatorias *El origen del hombre* de Darwin, quien dedica buena parte del texto a comentar sobre estas temáticas, así como los múltiples escritos de *Piort Kropotkin*, naturalista ruso seguidor de Darwin y del movimiento anarquista de su país, quien analizaba desde una perspectiva naturalizada lo que él llamó *el apoyo mutuo* en las especies.

Lamentablemente estos trabajos que hacían énfasis en la cooperación entre animales sociales, fueron perdiendo espacio frente a aquellas concepciones, mal llamadas darwinistas, que intentaban explicar la moralidad humana en términos de una “capa” o recubrimiento (en terminología del mismo *de Waal*) que apaciguaba y mantenía a raya nuestras tendencias naturales egoístas, las cuales estaban inscritas en nuestra biología como un producto mismo de la evolución y de su dictamen inquebrantable de la “*supervivencia del más fuerte*”. Esta concepción, que no entendió nunca la teoría de Darwin, ya había sido adoptada por la filosofía siglos atrás, y estaba más o menos reflejada en el *dictum* “el hombre es lobo del hombre”, defendido por Hobbes en el siglo XVII. Un problema infranqueable de este enfoque naturalizado, y su énfasis en analizar a la moralidad en línea con la idea de la competencia en un contexto de recursos limitados, era que ponía en nivel inalcanzable aquello que pretendía explicar. Es evidente que, al afirmar que la moralidad “simplemente aparece” como un mecanismo para apaciguar nuestros primitivos y malignos instintos, la teoría renuncia a ofrecer una explicación de los factores y motivaciones cooperativas, altruistas y bondadosas que subyacen a dicha “aparición”. Tanto vale una “explicación” de esta naturaleza como aquella que atribuye a Dios nuestro sentido moral: aparece así de la nada, como por arte de magia. Pero ¿realmente es posible creer que la moralidad humana afloró por una suerte de generación espontánea?. Sin duda es más plausible pensar, de acuerdo con una visión científica del mundo y de nuestro origen, que se trató de un proceso escalonado y paulatino.

Desde esta perspectiva, que podríamos llamar un enfoque “gradual” en el origen de la moralidad, pueden entenderse los estudios originales de Darwin y Kropotkin y no es sino a partir de la década del 70 que algunas ramas de las ciencias naturales retoman este hilo conductor en su investigación. Es así como vuelven a aparecer en escena los aspectos cooperativos y bondadosos de los seres humanos y otros animales como elementos fundacionales de nuestra vida en sociedad, revirtiendo la tendencia histórica (instaurada, como hemos dicho, por una concepción errónea del darwinismo

aplicado a la moralidad) de enfatizar y pensar en las tendencias egoístas y competitivas como un primer estadio de la vida social. Es en este contexto que surgen las múltiples investigaciones que, al respecto, se publican hoy en día en campos que van desde la biología hasta la filosofía. En este marco se encaminan los trabajos de Tomasello, Haidt, Greene y varios autores de las ciencias naturales. Otros autores, como Patricia Churchland, han incorporado a la filosofía estas reflexiones.

Dentro de esta multiplicidad de publicaciones destacan, asimismo, los trabajos de Frans de Waal. De Waal es un biólogo holandés, radicado actualmente en los Estados Unidos, que ha dedicado una buena cantidad de años al análisis y el estudio del comportamiento animal (especialmente chimpancés y bonobos). El interés de Waal por estos animales radica en su idea de que, a través del estudio de su comportamiento, es posible rastrear, desde una perspectiva evolutiva, los fundamentos de la moralidad humana. Varios trabajos suyos están encaminados en esta línea. De interés especial para la filosofía puede señalarse su libro “*Primates and philosophers. How morality evolved*” publicado en el año 2006 (y del cual existe hoy una versión en castellano: “*Primates y filósofos. La evolución de la moralidad del simio al hombre*”), en donde sintetiza algunas de sus ideas en torno a la moralidad, producto de sus múltiples años de investigación en primates.

Asimismo, en el año 2013 publica su libro “*The bonobo and the atheist*” (El bonobo y el ateo) en donde retoma algunas de las ideas expuestas en su texto del 2006. La tesis de Frans de Waal puede resumirse fácilmente: la actitud moral humana es una capacidad que viene desde *adentro*, no ha sido impuesta por algún Dios o por alguna otra consciencia externa como resultado de nuestra innata vocación al mal. Aquí “desde adentro” quiere decir *arraigada en nuestro pasado evolutivo y en nuestra biología*. Para de Waal, si adoptamos esta explicación científica del origen de la moralidad, la tarea del científico es, entonces, rastrear los aspectos que pudieron dar origen a nuestro sentido moral, entendido este último como la interiorización de un sistema de reglas que involucra ayudar o, al menos, no lastimar a los congéneres

Ya el mismo Darwin había sentado las bases de esta investigación: la moralidad humana tiene su origen en las relaciones empáticas, cooperativas y altruistas que se dan entre animales sociales. Para Darwin, cualquier animal social que desarrolle sentimientos de empatía hacia sus congéneres y que,

además, tenga un determinado desarrollo cognitivo, es capaz de desarrollar un sentido o consciencia moral. Sin embargo, en el periodo de Darwin, ni siquiera existía investigación en este respecto, no se contaba con datos, por lo que estos postulados podían verse, en este tiempo, como meras especulaciones.

La tarea de *de Waal*, junto con otros investigadores, ha sido la de crear y dar un sustento empírico a estas primeras formulaciones darwinianas. Para *de Waal*, ya en los chimpancés y otros primates sociales, están presentes los elementos básicos en los que pueden rastrearse los orígenes de la moralidad: principalmente, una estructuración social de jerarquías (una jerarquía social de inhibiciones) que posibilitan e inhiben la conducta de los miembros del grupo, lo cual, afirma *de Waal*, es el camino hacia la moralidad humana. La clave, aquí, es el control del impulso como un elemento social *normativo*.

En los primates, dos grandes reforzamientos sustentan el código social por medio del cual los primates (y también los niños) viven. Uno viene desde dentro y el otro desde afuera. El primero es la *empatía* y un *deseo* por mantener buenas relaciones, encaminado a evitar una aflicción innecesaria. El segundo es la *amenaza* de las *consecuencias físicas*, tales como las sanciones impuestas por los superiores. Con el tiempo, estos dos “refuerzos” crean un conjunto internalizado de pautas de comportamiento. A este conjunto de pautas o guías, *de Waal* lo llama moralidad *uno a uno*, y se refiere a la capacidad de los individuos para mantener buenas relaciones con otros miembros del grupo. Este tipo de “normativa” permite a los individuos de fuerza y habilidad dispares (machos y hembras, adultos y juveniles) congeniar, atándolos juntos en un *modus vivendi* mutuamente agradable. Algunas veces estas pautas se suspenden, por ejemplo cuando dos machos compiten por el estatus, pero generalmente los primates se esfuerzan por mantener una convivencia pacífica. Los individuos incapaces o que no deseen acatar el código social se marginan. La guía final de todo el proceso, en un sentido evolutivo, es el deseo por la integración, ya que su opuesto –el aislamiento y el ostracismo– disminuye drásticamente las oportunidades de sobrevivir.

Entre los primates, este código social para “mantenerse en buenos términos” con otros involucra, entre otras cosas, quién puede aparearse con quién, cómo jugar con infantes, hasta cuando aplazar, o bajo qué circunstancias apropiarse de la comida de otro o esperar su turno. En este sentido, los códigos sociales son *prescriptivos*, por tanto, para *de Waal*, en el mundo de los

chimpancés y otros primates ya está presente la moralidad en su dimensión más fundamental (a saber, su dimensión prescriptiva). Pero esta es tan solo la primera fuerza motriz del origen de la moralidad, como mencionamos más arriba, la segunda es la naturaleza jerárquica y el miedo al castigo.

El libro de *de Waal* ofrece una buena cantidad de ejemplos, unos ampliamente documentados, otros simplemente anecdóticos, en que chimpancés, bonobos y otros primates manifiestan su vínculo a una normativa social, el miedo al castigo y, lo que es más importante, sentimientos de empatía hacia sus congéneres. Aquí, el aspecto *empático*, esencialmente emocional, es otro de los rasgos característicos del sentido y la consciencia moral. Este argumento se encuentra en línea con las tesis de otros autores contemporáneos, quienes destacan el papel de las emociones en la construcción de valores y juicios morales, tal es el caso de *Haidt* y *Greene*, quienes son citados en algunas partes del libro. Se trata de un argumento en completa oposición a la doctrina moral defendida por Kant.

Así, la moralidad no se impone desde arriba o se deriva de principios previamente razonados, sino que surge, más bien, de valores arraigados que han estado presentes desde “el principio del tiempo” (al menos desde el principio del tiempo de los humanos). El más fundamental se deriva del valor de sobrevivencia de la vida en grupo. El deseo de pertenecer, de llevarse bien, de amar y ser amado, incita a hacer todo lo posible para estar en buenos términos con aquellos de quienes se depende. Otros primates sociales comparten este valor y confían en la misma balanza entre la emoción y la acción para alcanzar un *modus vivendi* mutuamente agradable.

Pero ¿qué sucede con Dios y la religión? Desde esta perspectiva, habría una clara pre-existencia, en términos de la aparición de los seres humanos en el planeta Tierra, de la moralidad frente a la religión, la cual sería un producto social de reciente origen. En este sentido, y con base en la observación del comportamiento animal, las sociedades modernas bien podrían proclamar, al mejor estilo de *Nietzsche*, la muerte de Dios, pues incluso en su ausencia, las comunidades humanas seguirían siendo morales en todo el sentido del término, a saber, persiguiendo el bien y rechazando el mal. Bien podría pensarse que este enfoque naturalizado de la ética sigue la línea dura de autores como *Dawkins*, quien concibe a la religión como una simple forma de superstición, la cual retrasa e inhibe el conocimiento y el progreso humano. Sin embargo no se trata, en absoluto, del caso de *de Waal*.

Pensar a la religión simplemente como una forma de superstición es, en el mejor de los casos, una absurda reducción. La función social de la religión ha sido discutida y analizada, incluso bajo estándares científicos, por muchos autores y corrientes de pensamiento. El hecho de que no exista (y posiblemente no haya existido) una civilización o asentamiento humano sin religión ya da mucho que pensar. El valor de la cohesión y el aumento de la confianza entre individuos de sociedades cada vez más numerosas ha sido una de las ventajas que pueden hablar a favor de la religión. Ni qué decir del sentido de vida ni del enriquecimiento espiritual que muchas personas adquieren a través de la religión.

*De Waal* es consciente de ello y, en esa medida, toma una saludable distancia respecto de posiciones al “estilo Dawkins”, a las cuales califica de dogmáticas e intransigentes. Siendo un científico en el sentido más estricto del término, y además un no creyente, sostiene un mensaje de tolerancia frente a la religión. Tal y como afirma reiteradamente, la ciencia no tiene por qué ocuparse del sentido de vida de las personas, ni del modo en que deben orientar su rumbo; tampoco tiene por objetivo buscar la felicidad de la gente. Sin embargo, todas estas son preocupaciones válidas y relevantes para los seres humanos (lo han sido incluso mucho antes de la aparición de la ciencia moderna). Cuando perdemos esta perspectiva y dejamos todo en manos de la razón y el conocimiento científico, hemos creado las más grandes atrocidades que la historia ha conocido. El mensaje de *de Waal* es claro: la ciencia no es la respuesta a todo, pues la vida humana tiene múltiples dimensiones. Pensar lo contrario es producto de una incomprensión del papel y la naturaleza del conocimiento científico. Por lo demás, ¿qué objetivo tiene una persona que descalifica a otra por sus creencias religiosas? ¿qué gana la sociedad o los seres humanos con eso?

Esta discusión está presente en el texto de *de Waal*. La capacidad de discernimiento y la posición mesurada con que se trata este tema es una fuente de gran valor para este debate contemporáneo. Para la filosofía queda, además, el valor que este tipo de teorías pueda aportar a la teoría moral. Ciertamente existe muchas objeciones a los enfoques naturalizados de la ética (muchas de ellas muy acertadas), sin embargo, hacerse de oídos sordos frente a estas explicaciones surgidas en el marco de las ciencias naturales es una actitud dogmática que la filosofía, en tiempos contemporáneos, no tiene el lujo de darse.